

# verdad y comunistas

• MANUEL VIRASORO, S. J.

Conoceréis la Verdad  
Y la Verdad os hará libres (Juan 8, 32).

**L**A obra y acción de S. S. Juan XXIII está marcada por el signo de la comprensión y concordia entre los hombres. Su figura ha sido el punto de condensación de aspiraciones provenientes de los más variados sectores de la tierra y del espíritu. Su actitud con todos los hombres no ha sido dictada por una commiserante indulgencia hacia quienes no compartían la Fe ni por un oportunismo político, como alguno por ahí ha insinuado. Aquél que se sabía supremo depositario de la Verdad Revelada y defensor de los auténticos valores humanos ha sometido su propia existencia a la Verdad. Por ello sus gestos han tocado a todos los hombres. Porque Juan XXIII no sólo fue testigo fiel de la Verdad como contrapuesta al hombre. Para él, el mismo hombre estaba implicado en la verdad. Y Juan XXIII fue fiel a la verdad del hombre.

Nadie como él estaba capacitado para dar ese supremo testimonio, aún en su trato con los mismos comunistas. Esto no ha caído bien a muchos. Pero al obrar como lo hizo Juan XXIII se constituyó en el punto cumbre de toda la marcha histórica y nos enseñó que hemos de rendirnos a la verdad aunque eche abajo todas nuestras categorías. La historia pronunció en él esa palabra de Verdad que todos necesitábamos.

## • VERDAD E HISTORIA

La historia es maestra de verdad. Pascal expresó esa realidad diciendo que "toda la sucesión de hombres debía ser considerada como un sólo hombre que siempre subsiste y aprende continuamente" (1). Con ello indicaba que la historia distribuye sus enseñanzas dilatando no sólo los horizontes del mundo que enfrenta a los hombres sino el ser mismo de los hombres. Por ello la historia de que hablamos no es la narración de los hechos pasados sino la sucesión cumulativa e integrativa del conocimiento humano en el tiempo. Las generaciones no se suceden, en efecto, dejando a los hombres idénticos e intercambiables. Cada una de ellas se presenta henchida con el acervo de la humanidad pasada y transmite a la posteridad un legado enriquecido con su propio aporte.

Esa marcha ascensional puede ser explicada por la atracción irresistible que la realidad conocida ejerce sobre el hombre invitándolo a penetrar en ella. La invitación aceptada es a su vez fuente de nuevas invitaciones con los nuevos horizontes que se revelan. Para ser exacta, sin embargo, esta consideración debe ser acompañada de otra que le es correlativa. Porque si el hombre siente su sa-

(1) Pascal, Ed. Brunschwig, p. 80.

ber inadecuado al mundo que lo rodea y procura por ello llevarlo más adelante, también puede decirse que el hombre siente el mundo conocido inadecuado con sus ansias de saber. El saber sobre el mundo se presenta como aventajado por las dimensiones del mundo y solicitado así al progreso. Pero el mundo conocido se revela también incapaz de colmar las posibilidades de conocimiento del hombre que tiende su mirada y sus ansias por encima de todas las fronteras conocidas. Un hombre a la medida del mundo y un mundo a la medida del hombre.

Es así cómo los pasos que el hombre da en la historia son simultáneamente descubrimiento del mundo y descubrimiento del hombre. Y ambos conocimientos deberían constantemente acompañarse. Cosa que no ha ocurrido. Porque es un hecho que las primeras etapas del pensamiento están dominadas por la atención hacia el mundo del hombre. Allí se hallaba toda la verdad mientras el hombre no era sino el espectador invariante de un mundo en continua variación. Sin embargo los últimos siglos marcan el ritmo acelerado en la conciencia que el hombre toma de su propia verdad. Por ello hoy en día el hombre se sabe protagonista de la historia en perpetuo asombro de la verdad que sobre sí mismo descubre en cada paso de la marcha. Y así el hombre se sabe llamado a abandonar la comodidad de lo habitual por el riesgo de hincar su pie en cada verdad descubierta y hacerla trampolín de un nuevo salto expectante.

Espíritu de empresa, iniciativa, inventiva, generosidad, aceptación leal de la verdad desvelada, son traducciones del

dynamismo radical del hombre. Y es notable que esas virtudes deban ejercerse hoy frente a la verdad del hombre mismo. Porque nos cuesta enormemente abandonar las falsas seguridades sobre nosotros mismos y lanzarnos a buscar nuestra medida más allá de los esquemas conocidos. Aunque presentimos que los problemas de hoy no pódremos resolverlos con los esquemas de ayer. De ahí la atracción ejercida por esa noble figura de Juan XXIII. Como si hubiera unido a todos los hombres en aquello que les es común, superando las visiones parciales y exclusivistas que los dividen. Juan XXIII no temió apelar a la dignidad de la persona ni a sus ansias de verdad que van más allá de todas las formulaciones. Para él la primera unión no debía realizarse sometiendo los hombres a la concepción del mundo que un grupo de ellos sustentara. La primera unión debía actualizarse en la búsqueda de una unión que supera todos los cuadros mentales existentes y respeta la originalidad de todos los caminos personales. Lo que es casi como decir que los hombres deben caminar en adelante no ya siendo fieles a una verdad que los enfrenta, sino a una verdad que los incluye. Los hombres deben, en una palabra, recoger a manos llenas *la verdad del hombre en busca de la verdad*.

#### • LA VERDAD DEL HOMBRE

Es un hecho que todas las ciencias, pero en particular las ciencias sociales y la psicología en todas sus ramas, nos han abierto perspectivas inmensas sobre el hombre. Perspectivas insospechadas o apenas vislumbradas hace sólo 10 años. La imagen del puro espejo o de la tábula

rasa, para expresar la realidad del hombre enfrentando su mundo, se ha desvanecido para siempre. Y el hombre concreto, que cada uno de nosotros es, lleva sedimentadas en su seno las mil influencias que el ambiente, la sociedad y la cultura en todas sus formas han ejercido sobre él. Las mismas experiencias personales no han pasado tampoco en vano y se han ido acumulando en su interior sin que el hombre se aperciba de ello. Muchos deseos y aspiraciones, no siempre reconocidos ni aceptados, se mueven y agitan en el seno de un mundo así estructurado. Y la razón ve enmarcados sus pasos y la libertad trazados sus senderos al momento mismo en que empiezan a ejercerse.

Cuando el hombre sale al encuentro de nuevas realidades o se mueve en su mundo habitual, las experiencias que realiza no son puras; es decir, no reflejan simplemente el momento de su actuación. Al tomar contacto con el hombre se revisten con significaciones y sentidos que reflejan ese mundo interior saturado de historia y sociedad. Y el hombre siempre actúa en forma estructural. No son sus ojos los que ven, ni sus oídos los que oyen. No es su inteligencia la que piensa ni su corazón el que ama. Siempre es él quien ve y oye, quien piensa y ama. Y cuando decimos *él* estamos señalando un misterio impenetrable. Impenetrable para su mismo portador, cuanto más para los de fuera. Misterio cuyo único testigo y juez puede ser Dios mismo.

Y hemos de reconocer que no nos es fácil aceptar esta verdad del hombre. Nos resulta casi insopportable el admitir que la verdadera significación de nuestra conducta no es aquella que aparece en la

claridad de la conciencia. Pero mucho más difícil nos resulta aceptar las reacciones y opiniones, las actitudes y comportamientos de los otros cuando brotan diversos de los nuestros ante las mismas realidades. Parecería que no podemos sentirnos seguros sino absolutizando nuestras creencias, opciones y opiniones. Aceptar como válido el camino de los otros y sus puntos de vista equivale para muchos a relativizar los propios. Pero lo que ocurre en realidad es que separamos verdad y hombre, sin pensar que someternos a la verdad es someternos identicamente a la verdad del hombre en busca de la verdad.

● *EL HOMBRE Y LA VERDAD*

Juan XXIII no ignoraba ciertamente nada de la verdad del hombre cuando afirmaba en "Pacem in terris" que el hombre tiene *el derecho a la libertad en la búsqueda de la verdad, el deber de buscarla cada día más amplia y profundamente*. Y al hablar de ese derecho señalaba igualmente el deber recíproco de todos los hombres de respetarlo.

Por ello señalaba asimismo Juan XXIII: *La dignidad de la persona humana requiere además que el hombre en el obrar, proceda consciente y libremente. Por lo cual, en la convivencia con sus conciudadanos, tiene que respetar los derechos, cumplir las obligaciones, actuar en las mil formas posibles de colaboración en virtud de decisiones personales, es decir, tomadas por convicción, por propia iniciativa, en actitud de responsabilidad y no en fuerza de imposiciones o presiones provenientes las más de las veces de fuera.*

De ahí que al hablar de las relaciones entre católicos y no católicos señalara que *el que yerra no por eso está despojado de su condición de hombre, ni ha perdido su dignidad de persona y merece siempre la consideración que deriva de ese hecho.* Y nadie puede dudar que el Romano Pontífice estaba procurando al expresar esas palabras formular esa verdad del hombre de que venimos hablando. Y una verdad ciertamente de todo hombre. Aunque nos cueste aceptarla.

Porque hay quienes han querido limitar el pensamiento del Pontífice. Sus palabras según ellos no se referirían a los comunistas. La razón que dan es que los comunistas no se equivocan sino mienten. Pero la gratitud y universalidad de esa afirmación la desautorizan totalmente. Aunque no deja de ser lamentable que sea en nombre de la verdad y de la verdad cristiana que se profieren tales afirmaciones. Ni perciben quienes así obran que *no son coherentes consigo mismos, que comprometen la integridad de la religión y de la moral,* como decía Juan XXIII en la misma sección de la Encíclica al hablar de la conducta de los católicos. Por ello debe decirse que la limitación que pretende imponerse al pensamiento pontificio es contraria a la verdad e implica un juicio temerario y falta de caridad cristiana. Pero el texto Pontificio sobre la dignidad de persona humana en quien yerra, debemos hacerlo extensivo a quien quiso limitarlo arbitrariamente. Sólo podemos decir que unas palabras tan claras y una lealtad con la verdad tan evidentes como las del Romano Pontífice se han visto deformadas y cargadas con significaciones que provie-

nen sólo del mundo interior de quien las interpreta (2).

### • HOMBRE Y REVELACION

Podría pensarse que aceptar esa *verdad del hombre en busca de la verdad*, ese camino particular e irrepetible de cada hombre en su marcha hacia la verdad, no toma suficientemente en cuenta la Verdad Revelada. Dios ha querido, en efecto, hacerse presente en la historia de los hombres para revelar y realizar, por Jesucristo sus planes de salvación. Esa Revelación se ha consumado con la muerte del último de los Apóstoles. Nada queda pues por añadir. ¿Cómo comprender pues esa Verdad Revelada con el crecimiento en la verdad realizado en la historia? ¿Cómo comprenderla con los caminos particulares del hombre, con la verdad del hombre en *busca de la verdad*? ¿A qué conocimiento superior sobre sí mismo podría aspirar el hombre que

---

(2) En forma similar juzgaba un autor el telegrama que Juan XXIII hizo enviar a Nikita Krutschev el 12 de diciembre de 1961, en retribución de sus saludos. El Embajador Russo ante el Quirinal había comunicado el siguiente mensaje: "Por orden que me ha sido impartida, le ruego comunicar en nombre de Nikita Krutschev a Su Santidad el Papa Juan XXIII, en ocasión de su octogésimo cumpleaños, las congratulaciones y los sinceros augurios de buena salud y de éxito en su noble aspiración de contribuir al reforzamiento y a la consolidación de la paz en la tierra y a la solución de los problemas internacionales por el camino de negociaciones francas". La respuesta del Papa por el Nuncio Apostólico rezaba: "Su Santidad el Papa Juan XXIII agradece los augurios y expresa por su parte, haciéndolos extensivos a todo el pueblo ruso, votos para la afirmación y la consolidación de la paz universal, a través de arreglos exitosos inspirados en la fraternidad humana y para ello eleva fervientes oraciones".

al saberse redimido por Dios y destinado a participar de la naturaleza divina y ulteriormente de la visión misma de Dios?

Estas preguntas adolecen todas del defecto de suponer que la Verdad Revelada se agota en las fórmulas con que la expresamos. No toman por ello en cuenta la misión que Jesucristo asignaba al Espíritu Santo, a la presencia operante del Espíritu en la historia de los hombres y en cada hombre. "Cuando venga El, el Espíritu de verdad, os guiará hacia la verdad total." (Juan, 16; 13). Ni tampoco da cabida a esa función iluminante del Espíritu que nos enseñará todas las cosas y nos recordará todo lo que Jesucristo ha dicho (Juan 14, 26).

Teniendo presente esta acción del Espíritu, señalaba Santo Tomás de Aquino, que la Fe, esa fe con que abrazamos la Verdad Revelada, no se termina en las fórmulas sino que tiende a la realidad que está más allá de las fórmulas y que éstas no podrán expresar nunca exhaustivamente. Con esas palabras apuntaba Santo Tomás a un polo de Verdad solicitante y al mismo tiempo destacaba el dinamismo del Espíritu que en los hombres quiere hacerlos adherir a la Verdad más allá de las fórmulas.

Por ello no hay dos historias superpuestas; una historia de los hombres y una historia de los planes de Dios encima de ella. La única historia existente es aquella que los hombres actualizan en integración cumulativa, solicitados todos y cada uno por el Espíritu Santo para acceder a la Verdad. Y es así como *la verdad del hombre en busca de la verdad* es idénticamente la Verdad del Espíritu Santo en el hombre para que consienta a la Verdad.

Cuando el hombre progresá en el conocimiento del mundo y concomitante mente en el conocimiento de sí mismo, también adquiere conciencia de nuevas perspectivas sobre los planes de Dios. Por ello quizás nunca como hoy, puedan y deban afirmar los cristianos que la humanidad entera ha sido introducida en el Cielo con la humanidad glorificada de Cristo. Por ello quizás nunca como hoy debemos afirmar que los hombres no están solos en los caminos particulares e irrepetibles por los que marchan a la Verdad. Cristo está con todos ellos por su Espíritu y está realmente operante. Y si no podemos negarnos a la verdad del hombre mucho menos debemos, nosotros cristianos, aparentar que ignoramos esa acción radicalmente evangelizadora de Cristo en todos y cada uno de los hombres, sean estos comunistas o no. Confesamos, sí, nuestra ignorancia sobre el cómo y cuándo cada hombre en particular se abre y consiente a esta auténtica y radical solicitud cristiana. Pero que esta ignorancia no nos impida afirmar en la Fe que Cristo actúa en el hombre respetando con delicadeza infinita los senderos particulares por los que cada hombre se encamina hacia la Verdad.

Esto no hará ciertamente más fácil nuestra lucha contra la pretensión comunista de usurpar el poder político para utilizar al hombre en procura de objetivos que no lo sirven. Pero no hemos de avasallar desde allí las inteligencias y desfigurar la verdad porque ella hace difícil la realización de nuestros planes políticos. Por encima de todo debemos dar, aún a los comunistas, el testimonio de una auténtica lucha por la verdad del hombre en busca de la verdad. Juan XXIII nos ha dado ejemplo. ●